

CELCIT. Dramática Latinoamericana 504

EL ANTICUERPO

Especulación dramática sobre la insoportable necesidad de trascender

Enrique Papatino (Argentina)

PERSONAJES M (3) / F (1):

SILVESTRE

DIONISIO QUIROGA

HORACIO ORTIZ

EMMA

Prefacio

Cerca de un siglo después de la aparición del “Frankenstein” de Mary Shelley, Horacio Quiroga compone un relato sobre el viejo mito de Prometeo.

En “El hombre artificial” Quiroga desarrolla una historia desvelada y magnífica donde aparecen líneas de pensamiento que en el comienzo de nuestro milenio, dispuesto ya a la clonación humana, tienen una sorprendente actualidad.

Hemos buscado apresar la trastornada magia del cuentista en una cruce dramática donde se conjugan la inexpugnable pasión del hombre por la vida y la muerte con sugerencias biográficas alusivas al narrador, nutridas de tragedia.

E.P.

Uno

Una habitación semioscura, ascética. Del techo cuelgan unas lámparas con plato que proyectan su luz sobre el piso y dejan oscura la parte superior de la escena. A lo lejos apenas se distinguen unos recipientes, unos tubos de ensayo, un tanque gigantesco y una mesa que contiene algo como un cuerpo tapado con una sábana blanca. Hacia proscenio y sobre un lateral algunas sillas asedian una mesa.

Dos hombres y una mujer escuchan atentamente el relato de Silvestre.

Aquellos se ven interesados y circunspectos, con aire entre intelectual y

científico, hermético. Guardan respetuoso silencio, aún cuando las pausas del relato les permitirían dudar si éste ha finalizado o no.

Los dos hombres, más Dionisio que Ortiz, son cultos y serenos. La mujer, Emma, es bellísima, tiene un aire de modelo y su aspecto parece cuidado en todos sus detalles, pero se expresa de manera agresiva, ordinaria, vulgar. Por su parte, Silvestre es un hombre de mediana edad, acaso prolijamente barbado. Pese a su traza distinguida, sus hondas huellas faciales despiertan la sospecha de que estamos frente a un asesino.

Silvestre.- No podemos reconocer la locura en nosotros mismos. Al menos mientras nos aborda. Hoy creo que entonces estaba loco. Me subía una fiebre insoportable si ella saludaba al carnicero cuando le pedía los cortes. La seguí a todos lados, y debo confesar que nunca vi nada que se escapara de lo normal. Debí haber sido la mujer más fiel de la tierra. Pero yo estaba loco. Y vi, claro, lo que quise ver. Y quise ver libidinosidad, lujuria imperdonable. Y la vi. Así es que una noche, ella me hablaba y me hablaba... yo miraba sus labios y quería comérselos, no prestaba la más mínima atención a lo que decía. Casi sin darme cuenta, me había montado sobre ella. Yo... escuchaba sus pequeños gemidos. Estaba desconcertada... y feliz también. Algo en su cara asumía roles muy diferentes. Era a la vez una flor delicada y una puta. Pero no pude saber si estaba o no fingiendo, si esa misma tarde se había revolcado con otro. Así que, una vez terminado el placer sexual, sentía que nada podía saciar esa ansiedad primordial que me había invadido. Me vino a la mente la mano del carnicero sobre la colita de cuadril, y la vi, simplemente la vi, vi esa mano sangrienta, asquerosa, sobre los muslos de mi mujer. Recuerdo que ella fumaba y me miraba. Después se exaltó, cuando vio lagrimas en mis ojos. Se incorporó para saber que me pasaba, y cuando lo hizo, la enlacé entre mis brazos para despedirme. Ella sonrió con unos dientecitos que parecían perlitas. Y le torcí el cuello.

Raudo, Silvestre toma un vaso de vino y bebe.

ORTIZ

¿Cuánto hace que pasó?

SILVESTRE

El jueves.

Los otros se miran con disentimiento.

Al principio me sentí aliviado. Soy un hombre muy minucioso. Así que nadie pudo darse cuenta de lo que había ocurrido. Nadie sabrá donde puse el cadáver. Por lo demás, le inventé un viaje, hice los papeles, en fin. Nadie lo descubrirá jamás.

EMMA

¿Y ahora qué quiere?, ¿qué busca?

SILVESTRE

¿Usted me lo pregunta a mí? (*Observa desconcertado a Dionisio*) No comprendo. Pensé que ustedes me harían una propuesta.

DIONISIO

Cálmese. Díganos qué es lo que usted quisiera.

Se produce una pausa. Silvestre se sonríe casi estúpidamente. Luego lanza una pequeña carcajada. Los otros tres, divertidos, lo imitan. De pronto Silvestre se vuelve serio y habla lacónicamente.

SILVESTRE

Recuperarla, claro está.

Otra pausa. Y los cuatro se lanzan a reír furiosamente.

EMMA

¡Ah, muy bien!. Nosotros damos la vida y usted la quita. Y dígame una cosa: ¿Cuánto tiempo va a tardar en volver a matarla?

DIONISIO

Emma...

EMMA

(*A Dionisio*) ¡Déjame tranquila! (*A Silvestre*) ¿Usted se cree que esto es joda? ¿Se cree que nos vamos a romper el culo acá, laburando como presos y usted tranquilito esperando, eh, asesino de mierda?

DIONISIO

Emma, calmate por el amor de Dios...

EMMA

¡No me calmo un carajo! ¿Usted sabe lo que significa estar acá con las ecuaciones, los análisis, los ensayos, laburando día y noche dosificando, probando, ejecutando? ¿Sabe lo que es dar el golpe de émbolo en las venas de un pobre engendro? ¿Usted tiene la menor idea? ¡Eso es ser minucioso, qué carajo!

ORTIZ

Yo quisiera saber...

hace una pausa, se levanta de su silla, se sirve vino, cata, bebe y continúa hablando.

...dónde puso el cadáver.

Toma un pedazo de pan, lo muerde y se sienta. Gran silencio.

SILVESTRE

¿Puedo hablar?

EMMA

No pregunte boludeces.

SILVESTRE

Necesito garantías.

EMMA

(Dispuesta a asesinarlo) ¿Cómo?

DIONISIO

(Terciando con amabilidad) Calma, por favor. *(A Silvestre)* Comprenderá usted que es necesario disponer de la materia prima para empezar a hablar del asunto. ¿Cómo pretende que la volvamos a la vida?. Por otra parte cualquiera sea el arreglo al que lleguemos, no puede haber secretos entre nosotros.

SILVESTRE

Sí, sí. Todo muy lindo. Pero sin garantías ni lo sueñe.

DIONISIO

No sea terco Silvestre. Usted es un hombre preparado. Debe discernir en qué manos se está depositando.

SILVESTRE

No hay nada que discernir. Ustedes son proveedores y yo soy el cliente. Yo pago y ustedes entregan. El resto son especulaciones sociales cuya graciosa cortesía excede los límites de esta conversación.

EMMA

¿Por qué no te vas un poquitito a la mierda?

ORTIZ

¿Y qué género de garantías refiere el señor?

Silvestre piensa un instante.

EMMA

Pero che, la puta, hablá de una vez. *(A los otros)* ¡Nos va a tener hasta mañana!

SILVESTRE

Soy una persona generosa. En tal carácter estoy dispuesto a dar una suma de dinero digamos importante, más allá de lo ya gravoso del proyecto. Pero no se puede discernir, como usted amablemente sugiere, cuando estamos o no en presencia de un delator. *(Se levanta orondamente)* Vivimos, estimados proveedores, en una época en que aquél que debe defendernos, recibe una suma para traicionarnos, y nos traiciona. Y lo que es peor, mañana puede traicionar también a aquel que le dio la suma, si la ocasión es propicia. Por lo

tanto, comprenderán que es macabramente insensata la pretensión de que les conceda a ustedes gratuitamente el poder de entregarme a la policía, y encima les pague.

DIONISIO

Muy bien. Díganos qué garantías necesita y procederemos a estudiarlo.

SILVESTRE

Gracias. Es muy simple. Estoy informado acerca de las experimentaciones que han llevado a cabo para la creación de su primer hombre artificial.

EMMA

Eso es imposible.

SILVESTRE

No, no lo es. Verá, sé que prepararon un recombinante que probaron primero en pacientes con distrofia muscular. Esto, mis queridos proveedores, sin la habilitación pertinente no es legal llevarlo a cabo. Y nadie les pudo haber dado tal habilitación. Dicho en otras palabras. Una muestra del recombinante es la terrible prueba de una actividad que representa un grave atentado a la moderación que debe observar toda comprobación científica. ¿Nos entendemos?

ORTIZ

Perfectamente.

EMMA

¡Tomatelás!.

Dionisio.- Un momento. ¿Qué es lo que pretende?

SILVESTRE

Bueno, eso es casi evidente. Quiero una muestra del recombinante.

EMMA

Ni mamada.

SILVESTRE

Es la condición y la garantía. Si ustedes me entregan, bueno... (*Sonríe*) ...yo los entrego.

Breve pausa.

DIONISIO

Está bien.

ORTIZ

Pero...

DIONISIO

(Súbitamente sereno) No hay inconveniente. Nada es gratuito colegas míos. Como dije antes, no puede haber secretos entre nosotros. *(A Silvestre)* Tendrá lo que pide.

SILVESTRE

(Sonriente) Sé, mi querido Dionisio, que usted accede tan rápidamente a mi pedido en la esperanza de que la muestra no sobreviva en mis manos. Quiero aclararle que tengo a mi disposición un congelador donde puedo conservarla a 20° grados bajo cero. ¿No me equivoqué, verdad?

Los tres quedan perplejos. Luego de unos instantes deambulan de un lado a otro. Emma, desenfrenada masculla palabrotas.

Luego de otro rato de silencio, finalmente Dionisio toma la iniciativa. Se acerca a Silvestre y le extiende la mano para estrecharla.

DIONISIO

Muy bien.

Silvestre se levanta complacido y le estrecha la mano. Hace luego lo propio con Ortiz, que luce como si hubiera envejecido diez años, y finalmente se acerca a Emma, le toma la mano para besarla y ésta se la estrecha con dureza.

SILVESTRE

Mañana a mediodía les informaré lo que necesiten y traeré lo prometido. Por su parte, me entregarán lo que ya saben. Señores, ha sido un placer negociar con ustedes.

Gira sobre sí mismo, toma su abrigo y desaparece. Los tres quedan mirándose desconcertados.

EMMA

¡Había sido un flor de hijo de puta!

Dos

Al día siguiente, Ortiz, Dionisio y Emma, trabajan con unos tubos. Hay entre ellos un ambiente de caprichosa agitación.

ORTIZ

¿A qué hora viene?

DIONISIO

No dijo.

ORTIZ

Ese tipo es peligroso.

DIONISIO

Tanto como vos, o como yo.

EMMA

No seas ganso. Nosotros no le hacemos mal a nadie.

DIONISIO

¿No?

EMMA

Bueno, por lo menos no los matamos.

DIONISIO

Lo que sería un favor, después de todo, considerando lo que queda de ellos.

EMMA

Nosotros lo hacemos por la evolución de la ciencia, no por un polvo mal echado.

DIONISIO

La evolución de la ciencia no admite sacrificios humanos.

EMMA

¡Y dale con el sacrificio! ¡No son sacrificios totales!

DIONISIO

Bueno, no admite ni parciales ni totales.

EMMA

¡Bueno, terminala!

ORTIZ

Yo creo.

Pausa

...que hay algo que no nos dijo.

DIONISIO

Es posible, pero no nos interesa.

ORTIZ

Eso nunca se sabe. Porque... no nos lo dijo.

DIONISIO

A ver Holmes, ¿qué es lo peor que puede pasar?

ORTIZ

Bueno... Lo peor.

DIONISIO

El tipo es un asesino. Pero su planimetría de acción no nos incluye. De eso estoy plenamente seguro.

ORTIZ

Pero... *(pausa)* ...qué pasaría si no logramos resolver los fosfatos.

EMMA

¿Y con eso?

ORTIZ

Que sin resolver los fosfatos del tejido óseo, la mujer se nos disuelve con el torrente sanguíneo, como nos pasó con la rata.

DIONISIO

No va a pasar.

ORTIZ

No sé. Los huesos de un humano son más grandes todavía y resisten más peso. El tipo... *(pausa)* ... se cree que ya tenemos un ejemplar funcionando. Y por suerte no pidió verlo. *(Señala el fondo)* A aquél le falta mucho.

DIONISIO

Todo va a salir bien.

ORTIZ

Lo que yo me pregunto es... *(pausa)*

EMMA

¡Dale, habla de una vez!

Ortiz.- ...si nos pasa lo mismo que con la rata, y este tipo ve disolverse a su mujer en medio de gritos y ebulliciones de sangre delante de sus ojos, ¿vamos a entrar o no en su planimetría de acción?

DIONISIO

No va a pasar.

ORTIZ

¿Cuál de las dos cosas?

DIONISIO

La mina nos va a salir perfecta, mejor que la original.

ORTIZ

Yo no estaría tan seguro. No hicimos más ensayos. Ni siquiera hicimos un humano completo todavía.

DIONISIO

Dos atomicidades más de carbón, un poco menos de nitrógeno y lista la hembra.

EMMA

Y si falta algo, un brazo, una gamba, una costilla se consiguen en cualquier lado.

DIONISIO

(A Emma, extendiendo una mano) Dame una pipeta. *(Mientras espera la pipeta estira el brazo y le toca el culo a Emma)*

EMMA

(Sonríe y le saca la mano a Dionisio. En el forcejeo la pipeta se rompe y la manija queda trabada en el dedo de Emma) Salí. *(A Ortiz)* Además, si le pifiáramos, el tipo la quiere para amasijarla de nuevo. Seguro que la liquida antes que la mina revienta sola.

DIONISIO

Tampoco va a pasar eso.

EMMA

Le vamos a entregar a su mujercita para que se la coja, la estrangule o se enmierde con ella si quiere. Y chau. Asunto terminado. Y si no le gusta que me venga a decir a mí, que le saco las uñas de a una con un alicate, al pelotudo.

Suena el timbre.

ORTIZ

Es él.

EMMA

Dejámelo a mí.

DIONISIO

(Firme) No. No creo que sea una buena idea. Voy yo.

Dionisio sale y vuelve con Silvestre. Éste trae consigo dos maletines, uno negro y uno plateado.

SILVESTRE

Señores, muy buenos días. *(Se acerca con caballerosidad seductora a Emma, y le extiende la mano para besarla)* Señora.

EMMA

(Inmutable) Señorita.

SILVESTRE

Comprenderá mi error. Lleva usted sortija.

EMMA

(Levantando con la otra mano una pipeta de ensayo con la manija rota) Es la manija de la pipeta, imbécil.

SILVESTRE

Ah, ah, caramba. *(Se acerca a la mesa)* Bueno, aquí tienen. *(Deja el maletín negro en el piso y abre el plateado. Del interior surge el singular brillo del dinero. Dionisio se aproxima y observa)* Lo prometido. *(Cierra el maletín. Extrae un plano de un bolsillo y se los da)* El cuerpo está en el sector D. Aquí están las coordenadas.

EMMA

¿No estará del todo podrido ya?

DIONISIO

ADN y a otra cosa.

EMMA

Irás a sacarlo vos. Yo, ni mirar siquiera.

DIONISIO

Sí, voy yo.

ORTIZ

¿Gusta el señor... un té?

SILVESTRE

(Luego de un instante) Bueno, bien. Muchas gracias.

EMMA

Dejá que lo hago yo.

Emma se dirige a un lateral a preparar el té. Durante esta acción, vigilará de reojo, como cuidando que nadie fiscalice su preparación.

ORTIZ

¿Le pone azúcar?

SILVESTRE

Amarguito nomás.

ORTIZ

(A Emma) Amarguito nomás. *(Emma frunce la nariz)*

SILVESTRE

Fortuno me malacostumbró. Ahora no puedo tolerar la glucosa.

ORTIZ

¿Fortuno?

SILVESTRE

Mi mayordomo, sí.

Pausa. Ortiz se sienta a la mesa con Silvestre y lo observa detenidamente.

ORTIZ

Es usted un hombre valiente.

SILVESTRE

Caramba. ¿A qué viene eso?

ORTIZ

¿Cómo sabe, ahora que entregó el dinero, que no vamos a disolverlo en ácido sulfúrico?

SILVESTRE

Mi querido amigo. ¿Estamos o no entre caballeros?

ORTIZ

Aún así. Usted comprende mejor que nadie lo que es la tentación de matar.

SILVESTRE

Sí, sí. Pero entiendo que ustedes dan antes la vida que la muerte.

ORTIZ

Es una afirmación temeraria. Sin duda, es usted un hombre valiente.

SILVESTRE

Le agradezco mucho.

EMMA

(Le sirve) Tómala.

ORTIZ

Aquí tiene, calentito.

SILVESTRE

Muchas gracias de nuevo.

Emma se sienta frente a él con una mal fingida expectación. Silvestre revuelve el té mientras deja fluir sus vapores y los huele.

Además está el correo.

Se dispone lentamente a beber. Emma lo detiene como un rayo.

EMMA
¡Espérese!

SILVESTRE
¿Qué sucede?

EMMA
¿Qué es eso del correo?

SILVESTRE
Bueno, soy un marginal. Es lógico que tome mis recaudos. Y me gustan particularmente los recaudos románticos. Dejé una carta remitida a la policía, confesando todo y explicando a dónde me dirigía y con qué fin. Está sobre mi escritorio. Debo volver a retirarla antes de la mañana, caso contrario, Fortuno la encontrará y la enviará sin vacilar, como es su costumbre. *(Sonriente)* ¿No es apasionante?

Nuevamente intenta beber.

EMMA
¡Espérese le digo!

ORTIZ
¿Qué pasa?

EMMA
Deje eso. Vamos, el té es cosa de afeminados. Tómese un vino.

SILVESTRE
(Claramente divertido) Bueno, como guste.

Los tres se van al fondo y se produce un diálogo velado entre ellos. Ortiz se separa y le alcanza el vino.

Muchas gracias otra vez. Son ustedes de una amabilidad formidable.

ORTIZ
(Muy tenso) ¡Por favor!

SILVESTRE
Ya que hablamos de venenos. *(Los tres se vuelven hacia él)* Ustedes me deben algo.

DIONISIO
Ah... Sí, por supuesto.

Dionisio se dirige al fondo, acompañado por Emma, sostienen una casi imperceptible discusión. Mientras tanto, Ortiz se queda junto a Silvestre, sonriendo estúpidamente.

Aquí tiene su muestra.

SILVESTRE
Gracias.

Silvestre toma el maletín negro del piso, lo abre y extrae de él un cierto líquido. Abre a su vez la muestra y vierte sobre ella el líquido. La muestra reacciona. Dionisio tuerce a tiempo.

DIONISIO
Emma, era la muestra de la derecha. ¿Cuál me diste?

Dionisio vuelve con otra muestra. Silvestre la prueba y esta vez no reacciona.

SILVESTRE
Me parecía que teníamos un equívoco.

DIONISIO
Llévela, lleve esa tranquilo y guárdemela a menos 20, no se olvide.

SILVESTRE
No, no. *(Guarda la muestra)* Saben, siento curiosidad por saber cómo son estos ejemplares humanos que ustedes llevan a la vida. Comprenderán que, habida cuenta de la cantidad de dinero que he depositado en sus manos, no aceptaré una negativa a la petición de conocer a su ejemplar anterior.

Los tres quedan petrificados. Silvestre señala el fondo.

¿Es aquel de allí?

DIONISIO
No. Ése es otro.

SILVESTRE
Ahá. ¿Y dónde está?

Hay un instante de tensión que no inmuta la sonrisa cordial de Silvestre, que enfrenta tres personas boquiabiertas. Dionisio, sagaz y ágil, habla.

DIONISIO
Mucho me temo que hemos llegado al momento crucial de nuestra componenda.

Silvestre muta levemente de sonrisa a desorientación.

SILVESTRE

Juzgo un tanto confusa su afirmación.

Dionisio ha tomado la delantera. Los otros siguen el juego con una tensión insoportable.

DIONISIO

Verá: Usted ha manifestado su sorpresa al conocer lo avanzado de nuestros ejercicios químicos.

SILVESTRE

¡Cómo no estar sorprendido! Hacer un hombre, hacerlo de la nada es algo, si me permite, bastante más elevado que un mero ejercicio.

DIONISIO

Es usted muy amable.

SILVESTRE

Hablo con la verdad.

DIONISIO

Aún así, es usted muy amable.

Pausa.

SILVESTRE

¿Entonces...?

DIONISIO

Usted cree que puede conocer a nuestro hombre artificial.

SILVESTRE

Como ya dije, creo estar en posición de exigirlo.

DIONISIO

Ocurre que lo que estoy por revelarle involucra otros vericuetos policiales, como ser, la falsificación de identidad.

EMMA

El tipo no estaba y ahora está.

DIONISIO

Mañana tendrá lo que busca.

SILVESTRE

No me gusta esperar cuando no es estrictamente necesario. ¡Que la fête commence!

DIONISIO

Muy bien. (A Emma) Colega, esto ha acelerado lo que tarde o temprano iba a ser imposible ocultarle.

Emma no entiende ni jota. Ortiz menos aún.

Como le dije, usted cree que puede conocer al hombre artificial, pero eso es imposible, porque ya lo conoce.

Dionisio se aproxima a Ortiz y le apoya las manos con firmeza sobre sus hombros.

Aquí lo tiene.

Ortiz, con cara de carnero degollado se limita a guardar silencio. Emma, tercia al vuelo.

EMMA

Tres años de laburo.

DIONISIO

Pero aquí está, con un funcionamiento celular perfecto, alta motricidad, y como broche, los conocimientos de un químico bacteriólogo. Entre nosotros, él consigue cosas que nosotros no podríamos hacer jamás.

SILVESTRE

Con todo respeto. No esperará tal ingenuidad de mi parte como para creer semejante payasada.

DIONISIO

Nada puedo hacer frente a la verdad más pura.

Silvestre se aproxima a Ortiz. Lo mira profundamente a los ojos. Éste también lo hace. Le indica con un dedo que abra la boca. Éste lo hace.

SILVESTRE

Y, dígame. ¿Ya tuvo tratamientos de conducto?

DIONISIO

Camuflaje, querido amigo.

EMMA

Camuflaje.

DIONISIO

Ya lo hemos lanzado a la calle. Y solo. Hemos debido espesar su sangre, inclinar ligeramente su torso y habituarlo a cosas que no son propias de un ejemplar humano de pocos meses de vida.

Silvestre gira en su derredor, inspeccionando, oliéndolo.

SILVESTRE

Yo tenía entendido que buscarían una cierta estética exterior, un tanto diferente a la que puedo apreciar.

DIONISIO

Debía pasar un poco desapercibido, para que pudiéramos soltar a nuestro hombre en la sociedad y estudiar su comportamiento, sus reacciones, su respuesta a estímulos exteriores y demás. Fue necesario buscar que no llamase la atención.

SILVESTRE

Aún así.

EMMA

No, si yo le dije.

DIONISIO

Antes de que usted diera con nosotros, teníamos la idea de embrionar otro, un poco más guapetón, por decirlo así.

SILVESTRE

¿Aquel de allí?

DIONISIO

No. Ése es otro.

SILVESTRE

Sabrán excusarme. Me han entrado súbitamente unas enormes ganas de ...

(Silvestre sale ¿hacia un baño?)

DIONISIO

Traéme una sonda. Yo voy a ver si puedo inventar algo que se parezca a una membrana permeable.

ORTIZ

Lo que yo me pregunto es...

Pausa. Dionisio y Emma respiran hondo.

...aún solucionando los fosfatos, qué pasa si la médula ósea no produce todos los tipos celulares que necesita la sangre. *(Los otros dos quedan mudos. Él intenta explicarse)* La sangre de la mina, digo.

Ante semejante sentido de la oportunidad, ambos optan por el silencio. Emma agarra a Ortiz de los hombros y lo empuja hacia la salida mientras Dionisio pega media vuelta y simplemente se va.

Del otro lado de la escena escuchamos que Silvestre ha tirado la cadena. Emma se prepara para recibirlo. Vuelve Silvestre.

EMMA
¿Cómo te fue?

SILVESTRE
(*Sorprendido*) Bien.

EMMA
¿Pudiste?

SILVESTRE
(*Sonriente*) Si, claro. ¿Y sus colegas?

EMMA
No te hagás el tierno conmigo. A mi me tuteás.

SILVESTRE
Bueno, será un placer. ¿Y... tus colegas?

EMMA
Fueron a buscar unas células a la incubadora.

SILVESTRE
¿Van a tardar?

EMMA
Si te molesto me voy.

SILVESTRE
No, no. En modo alguno. Todo lo contrario.

Otra pausa. Emma se mira las uñas. Silvestre le ha colgado la mirada. Emma lo percibe. En un primer momento no acusa recibo, pero luego de un momento...

EMMA
¿Qué pasa?

SILVESTRE
(*Eludiendo la pregunta*) ¿Cómo llegaste a esto?

EMMA
¿Qué me estás queriendo preguntar?

SILVESTRE
¿Qué es lo que te atrae de clonar humanos?

EMMA

Epa, ¿qué pasó? ¿Me querés hacer de sicólogo?

SILVESTRE

No, no es eso. Me interesa saber. ¿Debo pagar también por esta nueva curiosidad?

Pequeña transición. Emma siente una pequeña atracción, por ahora sólo por la ironía de Silvestre.

EMMA

No.

SILVESTRE

¿Entonces?

EMMA

¿Qué querés?

SILVESTRE

¿Qué es lo que te atrae de clonar humanos?

EMMA

Que los clones no preguntan boludeces.

SILVESTRE

Supongo que detrás de tu máscara vulgar se esconde una persona necesitada.

EMMA

¿Necesitada de qué? A ver. ¿Por qué no me decís vos un par de cositas?

SILVESTRE

Te escucho. *(Le lleva una mano al hombro)*

EMMA

(Sacándole la mano) ¿Se puede saber de dónde sacás tanta guita?

SILVESTRE

(Ríe) No. Claro que no.

EMMA

Segunda pregunta.

SILVESTRE

(Aún riendo, levantando los brazos) Dispará.

EMMA

¿Para qué querés de nuevo a tu mujer?

Silvestre queda mudo.

SILVESTRE

La pregunta es menos obvia que estúpida.

EMMA

(Tardando en reaccionar, girando hacia él, como si la ficha de la ira cayera lentamente) ¿Cómo dijiste?

Silvestre sirve una copa de vino y la deja apoyada sobre la mesa al lado de ella. A su vez se sirve y aguarda. Sólo cuando ella prueba el vino el beberá.

SILVESTRE

¿Alguna vez mataste?

EMMA

No, pero estoy a punto.

SILVESTRE

(Sonriendo) Quiero la verdad.

EMMA

Ya te dije.

SILVESTRE

No te creo.

EMMA

Acá el único asesino sos vos. Y si no la cortás voy a debutar.

SILVESTRE

Bueno. *(Separa una silla dinámicamente, se saca el saco y lo arroja sobre su respaldo)* Matáme.

EMMA

No te tengo miedo, ¿sabés?

SILVESTRE

Mejor así. Es más difícil matar si se sufren temores. *(Se le acerca)*

EMMA

Quedáte quieto.

SILVESTRE

¿Acá está bien?

EMMA

No me provoques.

SILVESTRE
Te lo estoy facilitando.

EMMA
No me provoques.

SILVESTRE
Vamos, te estoy esperando.

EMMA
¡Cortála!

SILVESTRE
¡Vamos, ¿me vas a matar o lo único que podés es decir groserías?!

EMMA
(*Tensa*) ¡Terminála!

SILVESTRE
(*Acercándosele*) ¿No me querías matar?. Vamos.

EMMA
(*Angustiada hasta el llanto*) ¡Basta!

SILVESTRE
(*Gritando*) ¡Vamos!

EMMA
(*En un grito*) ¡Terminála, boludo!

SILVESTRE
(*Feroz, tomándola de los brazos, zamarreándola y arrinconándola*) ¡¿Y?! ¡¿Me vas a matar, o no?!

Emma, peleando por tragarse sus lágrimas, resiste el grito con los ojos abiertos, pero con enorme sobresalto. Luego de un instante de silencio, Silvestre la suelta y exhala. Se miran a los ojos durante otro instante, y finalmente ella se trepa de su cuello y lo besa desenfrenadamente. Él se deja besar.

Tres

Dionisio y Ortiz se preparan para el show. Dionisio mezcla soluciones de líquidos incoloros, como agua, que tienen la apariencia de inofensivos frente a los ya vistos. Por su parte Ortiz, en un silencio hermético, escucha atentamente.

DIONISIO

Tenemos que meterle pata. Aquellos ya se deben estar matando. Nuestra opción es un collage entre lo que llevamos investigado y un poco de dramatización. Es una cuestión de equilibrio. No se trata ahora, repentinamente, de transformarte en un fulano visiblemente diferente. Sino de sostener lo que él ya vio de vos, con algunos pequeños adornos teatrales. ¿Me seguís? Entonces, tu pasado es un pasado ficticio, creado, pertenece a otro tipo que es como vos, pero no sos vos.

ORTIZ

(Como un actor visiblemente inexperto que intenta memorizar su parte) Soy como yo pero no soy yo.

DIONISIO

Es un pasado que aprendiste de algún modo. Digamos... *(piensa)* ...que te fue inducido por electrólisis. Todos los métodos que pensamos para darle un pasado, una memoria a nuestro hombre, no llegamos a probarlos, así que no nos queda otra que improvisar.

Mientras habla, Dionisio prueba en la cabeza de Ortiz una falsa corona llena de cables y contactos. Ortiz, un poco más cómodo en su papel, casi divertido, afirma...

ORTIZ

Tengo un alma nueva.

DIONISIO

No es cuestión de alma, sino de herencia. Por vivas que sean las sensaciones, al cerebro de un recién nacido, primero le falta el hábito para percibir, y después le falta entrenamiento para no confundir las sensaciones.

ORTIZ

(Ensayando sus movimientos) Confundo mis sensaciones.

DIONISIO

Pero que no se te vaya la mano. No podés ahora comportarte como un robot pelotudo, o como un nene, cuando hasta este momento ofrecías la imagen de un científico experto. Es una leve variación para pasar el examen.

ORTIZ

(Repitiendo) No soy ningún nene ni ningún pelotudo.

Luego de esta tercera afirmación de Ortiz, Dionisio se detiene, lo observa y le pregunta...

DIONISIO

¿Vos me estás tomando el pelo?

ORTIZ

Es la leve variación para pasar el examen.
Dionisio, con desconfianza, vuelve al trabajo.

DIONISIO

Por mi parte, para decorar la acción de verosimilitud, voy a hacer que crea que tenés un riñón deficiente, y que mientras preparamos el reemplazo para hacerte un transplante te tenemos que hacer diálisis.

ORTIZ

(Que ha quedado mirándolo) ¿Y si me dan ganas de ir a mear?

DIONISIO

Vas y meás. No esperarás que te haga diálisis en serio.

Sale Dionisio. Ortiz, solo, se prueba la corona de cables y la membrana de diálisis. Hace gesticulaciones sobreactuadas. Su discurso se verá afectado por el ensayo.

ORTIZ

Soy el germen vital. Soy la criatura. *(Mueve los dedos)* Mis articulaciones son de alta y elegante motricidad. Mi funcionamiento celular es perfecto, me han sido inducidos electrolíticamente los conocimientos y la memoria de un químico bacteriólogo. Al principio confundía mis sensaciones, pero ahora afora en mí un alto tonelaje de percepción y de sagacidad. Es cierto, mi riñón izquierdo es deficiente, y del científico solo tengo la memoria... *(Crece)* ...pero consigo cosas que él jamás se atrevería siquiera a comenzar. *(Pausa)* Mi único problema es que... *(En un súbito acceso de sollozo sobreactuado)* ...no sé nada sobre el honor.

Dionisio vuelve del baño, junta las membranas, la sonda un par de tubos.

DIONISIO

Vamos a tratar de que nos vea con esto.

De pronto, sorprende a Ortiz, que ha quedado semiparalizado en una actitud teatral.

¿Sabés Ortiz? A veces, sólo a veces, dan ganas de partirte la jeta. ¿Se puede saber qué carajo estás haciendo?. Tenemos una situación de mierda y vos acá, pelotudeando.

Cuatro

Emma está besando a Silvestre. En el paroxismo de la calentura, comienza a desabrocharle la camisa y correrle la corbata. Él deja hacer sin participar activamente. Se escuchan ruidos desde la izquierda. Ella lo suelta, como picada por una víbora. Él se acomoda la camisa muy tranquilamente. Entra Dionisio.

DIONISIO

Emma, dame por favor una solución B 12.

Mientras desenrolla la sonda, Dionisio se detiene un instante percibiendo muy lejanamente lo que ha ocurrido en esa habitación. Emma, nerviosa no ha escuchado la solicitud de Dionisio.

EMMA

¿Qué querías?

DIONISIO

(Áspero) Una solución B 12.

Silvestre, acomodándose la corbata, se aproxima a su maletín y extrae de él unos papeles y un bolígrafo. Se sienta un instante y toma unas notas.

Dionisio aparta a Emma con pésimo disimulo y la lleva al fondo de la escena. Sostienen una discusión donde se avizoran reproches de corte amoroso. Muy lentamente aparece Ortiz. Trae puesta en la cabeza la corona de la que penden cables y contactos. Observa la discusión inaudible del fondo y dice a Dionisio...

ORTIZ

Genoma artificial B 12.

DIONISIO

(En medio de su discusión) Ya voy.

Emma cansada de reproches se va, Dionisio la sigue. Ortiz, ya posesionado de su rol de hombre artificial, se aproxima a Silvestre y se sienta mirando al vacío. Silvestre lo ausculta y luego de un momento pregunta a quemarropa.

SILVESTRE

El día que empezó la facultad, ¿estaba nublado o había sol?

ORTIZ

Garuaba. Esa lluvia delgada que parecen puñales de juguete.

La respuesta veloz de Ortiz, sorprende a Silvestre, quien entonces toma el bolígrafo y los papeles que había abandonado en la mesa, y lo ataca con un tropel de preguntas dejando apenas pausa para las réplicas.

SILVESTRE

Nombre completo.

ORTIZ

Horacio Ortiz.

SILVESTRE
¿Vive su madre?

ORTIZ
No.

SILVESTRE
¿Vive su padre?

ORTIZ
Sí.

SILVESTRE
¿Cuántos años tiene?

ORTIZ
¿Quién?

SILVESTRE
Su padre.

ORTIZ
Setenta y cuatro

SILVESTRE
¿Y usted?

ORTIZ
Mi memoria es transferida, no lo olvide.

SILVESTRE
Conteste.

ORTIZ
Treinta y seis.

SILVESTRE
¿Conoció a sus padres?

Pequeña pausa. Silvestre deja de anotar y levanta la vista.

ORTIZ
No.

Silvestre lo observa atentamente.

SILVESTRE
¿Por qué se decidió por la ciencia?

ORTIZ

(Mirándolo fijamente) Porque busco la verdad.

Silvestre sonríe complacido, como si escuchara una sinfonía. A veces escribirá. Será imposible establecer si se está divirtiendo con la mentira o ha caído como un chorlito.

SILVESTRE

Tiene usted una personalidad hechicera. Dígame, ¿cómo es que ha logrado desarrollarla?

ORTIZ

Es una prótesis informática. La memoria de las acciones del otro.

SILVESTRE

¿Qué otro?

ORTIZ

El otro. Ese al que le robamos la memoria. El químico bacteriólogo.

SILVESTRE

¿Y usted tiene esa memoria?

ORTIZ

Me fue inducida por electrólisis.

SILVESTRE

¿Y se siente cómodo con ella?

ORTIZ

La introspección y la autocrítica son capacidades relacionadas con sensaciones que aún no he explorado. Todos nos sentimos alternativamente orgullosos y estúpidos dentro de nuestro propio ser. Algo similar ocurre conmigo, puesto que así debió sentirse el otro.

SILVESTRE

¡Fascinante!. ¿Y qué pasó con el otro?

Hay una gran pausa. Ortiz abandona su frialdad. Por momentos pareciera que abandona su personaje. Se lo ve súbitamente confundido.

ORTIZ

No lo sé.

SILVESTRE

¿Vive?

ORTIZ

No lo sé.

Ortiz se pone de pie, sensiblemente contrariado.

SILVESTRE
¿Qué le sucede?

ORTIZ
Es terrible. No sé qué pasó con el otro.

SILVESTRE
Espero que no lo hayan matado. Sería divertido matar a uno para dar vida a otro.

ORTIZ
(Levemente airado) Solamente un asesino puede pensar de ese modo y divertirse con lo que piensa.

SILVESTRE
Es muy posible.

Hace unos momentos que una pequeña intriga lleva a Ortiz a fijar su vista en los papeles de Silvestre.

ORTIZ
¿Qué tiene ahí?

SILVESTRE
Anotaciones sueltas. Sufro de insomnio. Para vencerlo, por las noches fumo opio o escribo relatos de ficción.

ORTIZ
(Repentinamente entusiasmado, como un nene) ¿Le gusta Poe?

SILVESTRE
Naturalmente.

ORTIZ
Me encanta Poe. Prosa de rara magia, de oscura inspiración, llena de muertos y de mujeres pulposas y malditas. De chico leí varias veces todos sus... *(Se interrumpe, frunce el ceño y continuará hablando muy lentamente)* Él, el otro leyó varias veces todos sus cuentos.

De pronto se dirige al cuerpo que, en el fondo, está tapado por una sábana. Posa una mano sobre él, sin descubrirlo y mira torvamente a Silvestre.
Puesto que tarde o temprano todos vamos a morir, todo lo que decimos acerca de la muerte debe ser profético.

Ortiz acomoda la sábana como si arropara el cuerpo, la acaricia muy tersamente, y se va en el más hondo de los misterios. Silvestre corre a sus papeles y anota frenéticamente.

Cinco

Dionisio mira fijamente la nada, consternado. Emma se lima las uñas, aburrida, Se nota que han discutido arduamente.

EMMA
¿Querés un té?

DIONISIO
(Apresuradamente) ¡No!, no. (la mira) ¿Entonces?

EMMA
¿Entonces qué?

DIONISIO
(Con dificultad) ¿Se acabó todo?

Emma no responde, fastidiada.

¿No tenés miedo de que te mate?

Emma sigue sin responder.

Se camina, muchas veces sin saber dónde, obsesivamente. Pero un rayo de sombra se te cruza delante de los pies, y todo lo que tenías de pronto se termina. No voy a intentar retenerte. Pero te voy a pedir algo.

Ema lo escucha ahora con atención e intriga.

Si te fueras con él, o por él... ¿Me dejarías primero tu ADN?

EMMA
(En la perfección del mal humor) Yo me voy a hacer un té.

Emma inicia mutis, se topa con Ortiz que la detiene y le espeta fieramente...

ORTIZ
¿Qué pasó con el otro?

EMMA
¿Qué?

ORTIZ
(Desaforado) ¡El otro! ¿Qué hicieron con el otro?

EMMA

¡Soltáme, tarado! ¡Acabála!

Sale Emma. Ortiz acomete a Dionisio.

ORTIZ

¿Vive? (*Dionisio perplejo*) Contestáme, ¿vive o lo mataron?

DIONISIO

¿Se puede saber de qué estás hablando?

Ortiz suponiendo un disimulo por parte de Dionisio, cae sentado en una silla, desolado. Dionisio se encamina a la salida.

ORTIZ

¿Adonde vas?

DIONISIO

Tengo que recuperar el cuerpo inmediatamente.

ORTIZ

¿Qué cuerpo?

DIONISIO

El de ella, imbécil. ¿Qué te pasa?

ORTIZ

(*Levemente calculador*) ¿Para qué?

DIONISIO

Para sacar el ADN, ¿para qué va a ser?

ORTIZ

ADN.

DIONISIO

Es necesario traerlo urgentemente, para que la vea de vuelta.

Emma está en peligro, ¿entendés? Hay que traerle a la mujer , que la vea y que se saque a Emma de la cabeza. Preparáme dos soluciones de formol. Yo vuelvo enseguida.

Sale Dionisio. Ortiz adquiere un gesto completamente frío e intrigante.

Seis

Silvestre, solo frente al cadáver desnudo de su mujer (que es igual a Emma), está leyendo una página que está escribiendo. El cadáver está sobre una camilla. Sobre su pubis, las páginas desplegadas de Silvestre.

Silvestre.- No sé mirar el reloj, porque medir el tiempo es concederse la soledad. Estás ahí, aunque ya no pertenezcas al tiempo. El río sigue creciendo, y estas ahí, subiendo con él, ahogándome. Y yo no puedo soportar tu inocencia, tu fragilidad. Son una pequeña injuria, una mofa. Me inundo poco a poco y no tengo salida. Escapar es la esencia de la memoria. Y todo el olvido consiste en detenerse. Yo sé que nadie te puede retornar. Pero si quisiera que volvieres sería para verte partir otra vez, y otra más. No hubo dolor tan intenso ni tan exquisito como verte partir lentamente desde mis manos. Matar es fácil, tanto como amar. *(Escribe)* Lo difícil es permanecer con vida.

La acaricia muy suavemente. Apoya su mano en los muslos de ella. Luego se frota los dedos, los huele y se los pasa por la mejilla.

Durante el soliloquio de Silvestre y paulatinamente, ha cambiado la luz. La escena ha quedado en semipenumbra, mientras un halo de coloración azulada ha caído sobre el cuerpo de la mujer. De pronto, notamos que la cabeza de la extinta se ha movido apenas.

LA EXTINTA

Matar es fácil, es cierto. Pero amar no tanto. Amar es avenirse a lo sórdido, habituarse a las pequeñas miserias... y fingir que no sabemos que la muerte está siempre cerca.

Gira claramente la cabeza y lo mira con ojos a la vez lejanos y terribles.

Amar es muy difícil. Yo te amaba cuando llegabas con los ojos encendidos de celos, irritado de ira, ardiente. Si, tal vez te amaba. Pero apenas sonreías y te subordinabas a tu devoción, volvías a ser el mismo necio papanatas, vacío e insípido. Es más cómodo el desamor propio o ajeno si se está muerto. Así, sin amarte, me es fácil concebir mi propio asesinato, me es fácil entender y perdonar.

Vuelve a mirar al vacío. Sonríe.

Yo no te amaba. Yo jugaba en el patio del fondo. Amar es muy difícil, tanto como permanecer con vida.

SILVESTRE

(Conmocionado, turbado, indignado) Voy a enhebrar cada hueco de tu propio vientre hasta hacerte regresar...

LA EXTINTA

Entonces nos vemos. Allí... o aquí.

SILVESTRE

...Y vas a saber si me amabas o no.

El cadáver queda inmóvil, en la posición original. Tan sólo se ha congelado en su rostro la espectral sonrisa. La luz ha vuelto a ser la primigenia. Pausa tensa.

Entra Dionisio. Silvestre se apresura a guardar su escrito.

DIONISIO

La hemos limpiado, sólo para que pueda verla de nuevo. Nosotros solo necesitamos un tejido.

SILVESTRE

¿Cuánto van a tardar?

DIONISIO

No menos de cuarenta días.

SILVESTRE

Es demasiado.

DIONISIO

No tenemos opción.

Silvestre tapa el cuerpo dejando la cabeza a la vista.

SILVESTRE

Qué extraña es la luz. Ahí está, caprichosa, cuando no hay nada que irradiar. Y desaparece cuando más le pedimos que resista.

DIONISIO

La luz vuelve todas las mañanas. Sólo debemos saber esperar que pase la noche.

Silvestre se deleita con la frase que acaba de escuchar. De costado, extrae sus papeles y anota.

¿Qué tiene ahí?

SILVESTRE

Nada. Palabras... palabras.

Silvestre termina rápidamente de apuntar y guarda sus papeles. Vuelve a aproximarse al cuerpo de su mujer.

DIONISIO

Sepa esperar. No se va a arrepentir.

Silvestre inspira hondo, toma su maletín y sale. Dionisio espera que se vaya y llama a Ortiz a un lateral con pequeños grititos velados.

Horacio... ¡Horacio!

Aparece Ortiz sin decir una palabra.

Tenemos que apurarnos. Quedáte acá. Si viene Emma que no se acerque al cuerpo, a ver si lo desintegra, la hija de puta. Voy a traer todo.

Sale Dionisio. Ortiz se mantiene impertérrito. De pronto le llama la atención el parecido entre Emma y el cadáver.

ORTIZ

¿También ella?

Se acerca al cadáver le toma un brazo, éste se desprende y se queda con el brazo en la mano. Torpemente lo vuelve a colocar donde estaba. Se le acerca para mirarla a la cara. Va a tocarla pero rehusa.

No. No parece.

De pronto mira hacia al cuerpo tapado que está en el fondo de la escena. Se dirige hacia allí. Se acerca al cuerpo. Lo observa un instante, deposita una mano sobre la sábana y lo acaricia.

Podrías haber nacido de un acto de amor, o de una profunda convicción, o de un ardor momentáneo entre desconocidos, o del curioso hábito de procrear porque sí, porque todos lo hacen. Podrías haber tenido una infancia llena de cachetazos, o de fútbol. Pero eso hubiera sido apenas un destino. Estás condenado a algo peor que un destino. ¿Quién va a ser tu padre?. ¿Y quién tu madre? ¿Cómo vas a descubrir el amor, la lujuria, la libidinosidad?, ¿Y cómo el odio, el rencor, la traición?

Levanta la sábana. Debajo vemos una montaña de polvo grisáceo y arenoso, como una gruesa ceniza.

Ah, mi querido contrahecho, ¿cómo hemos aprendido a vivir sin honor? El mundo es irreal. Está lleno de corbatas y de medias de seda. Y está lleno de hombres, pero sin embargo no hay vida. Hay otra cosa. Hay enajenación y furia. Hay desparramo, hay violencia, y sobre todo, hay muerte, contrahecho, hay exterminio. Así es que, en semejante raza, parece extravagante que vos y yo existamos. Es absurdo. Vida artificial cuando todos matan o se matan por que sí.

Con un dedo juega haciendo círculos a la altura del estómago del hombre de polvo.

¿Quién te va a dar de comer, contrahecho? ¿De quién vas a heredar la pasión por el salmón, o el vino? ¿Qué clase de cuerpo es el cuerpo que no es hijo ni es nieto de otro cuerpo? Al menos, tenés en mí un hermano. Y, ya que hemos

perdido el derecho a la procedencia, al menos puedo prometerme que no vas a nacer, *(mira el cuerpo de la mujer de Silvestre)* como no va a nacer tu otra hermana.

Ortiz comienza a canturrear una melodía sincopada y, como quien se va a preparar un mate, toma dos frascos de un estante y se aproxima al cuerpo de la mujer de Silvestre. No para de canturrear.

Parece que al otro le gustaba el jazz.

Mientras sigue canturreando, tapa la cabeza del cuerpo, apoya los frascos en el sillón y comienza a caminar, siempre canturreando, empujándolo hacia el tanque del fondo, con mucho esfuerzo.

Siete

En la penumbra, una luz parte de un extremo de la escena y se proyecta sobre Silvestre. Es Dionisio que ha encendido un proyector de diapositivas. Silvestre quita el mantel de la mesa y la luz se proyecta sobre él. Mientras Dionisio habla se sucederán fotos de tumores, ratas y cuerpos humanos, que caprichosamente encuentran y vuelven a perder el foco como consecuencia del movimiento de Silvestre.

DIONISIO

Cuando ningún resplandor parece ya poder salvarnos, me acuerdo del momento en que todo era posible. La rata inmóvil, pequeña sobre la mesa enorme. Y nosotros retraídos, silenciosos, pero con el aliento de un niño frente al jardín de juegos. El laboratorio exuberante, lleno de notas y fotos, lleno de tierra, de masa, de energía. Y ese momento fugitivo en que el soplo de la creación puede ser tuyo, en que el futuro es maravillosamente desconocido y la vida no puede medirse, simplemente porque te olvidás que se termina. *(No puede evitar sonreírse)* ¿Qué cosa somos, después de todo? ¿Qué misteriosa materia nos constituye? ¿Qué importa la diferencia entre un científico y un asesino? Uno cualquiera, un día cualquiera, inicia la vida, y otro, sin la menor contemplación la detiene, en otro día cualquiera. El ciclo es tan pequeño que puede despreciarse. Es la casi misma cosa.

Silvestre deja caer el mantel. Pareciera que los dos hombres se hablan por vez primera con la verdad.

SILVESTRE

Yo encuentro pocas semejanzas.

DIONISIO

Yo encuentro muchas.

SILVESTRE

Debo entender que no lo ampara la menor convicción.

DIONISIO

No me preste atención. Me estaba acordando de la rata.

SILVESTRE

¿Siente por lo menos placer al dar la vida?

DIONISIO

Eso es muy difícil de saber.

SILVESTRE

¿Entonces lo hace por el dinero?

DIONISIO

Mentiría si dijera que no. Pero no es sólo eso.

SILVESTRE

¿Y por qué más?

DIONISIO

Por honrar la ambigüedad, que es la única verdad. Lo lóbrego, el enigma recóndito que rige nuestros pasos.

SILVESTRE

La insoportable necesidad de trascender.

DIONISIO

Posiblemente.

SILVESTRE

Y acaso una cierta omnipotencia...

DIONISIO

No lo sé.

Pausa.

SILVESTRE

¿Usted me cree a la altura de esos pensamientos?

DIONISIO

(Lo mira un instante) Sí.

SILVESTRE

¿Cree que puedo apreciar el esfuerzo de quien dio todo sin conseguir todavía nada?

DIONISIO

Sí.

SILVESTRE

¿Y por qué quiso engañarme?

Dionisio comprende que no podrá eludirlo.

DIONISIO

Porque el orgullo es el patrimonio más sólido de todo ser humano, la cosa más difícil de vencer, aunque nadie lo reconozca.

SILVESTRE

De todos modos estamos condenados a la soledad.

DIONISIO

¿Qué puede importarle? Usted tiene algo que yo ya no.

SILVESTRE

¿Ella?

DIONISIO

Ahá.

SILVESTRE

Se equivoca. La imitación es una suave brisa. La nave se mueve con un gran viento.

DIONISIO

Es inútil. Aún muerta se quedará con usted.

SILVESTRE

¿Está enamorado?

DIONISIO

Eso nunca se sabe.

SILVESTRE

Lo que yo quiero está en sus manos. Cumpla con su parte. Devuélvamela. Por lo demás el cielo puede abrirse. En el fondo nunca tendremos lo que queremos.

Silvestre se levanta y se va. Dionisio, la vista fija en el frente, queda iluminado por un cenital.

DIONISIO

A veces, la vida es completamente insuficiente.

El cenital se muere.

Ocho

Ortiz mezcla algunas soluciones. Su rostro padece de contorsiones extrañas. Su locura comienza a cobrar meridiana claridad. Entra Dionisio desesperado y lo interroga abnegadamente.

DIONISIO
¿Dónde está?

Silencio.

Te quedaste cuidando el cuerpo. Decíme dónde está.

Silencio.

Fuiste vos o fue la otra puta de mierda. ¡Contestáme carajo!

Otro silencio. Luego Ortiz comienza a canturrear muy bajito. Dionisio se levanta enfurecido y tira la silla violentamente a un costado.

Hablá.

ORTIZ
Bla... (*gran pausa, lo mira*) bla...

DIONISIO
Vos estás buscando que te cague a trompadas.

ORTIZ
(*Declamatorio*) Tan sólo desharías lo que hiciste.

DIONISIO
¡Hablá porque te reviento!

ORTIZ
Demolerías tu palacio.

DIONISIO
¡Hablá mierda!

ORTIZ
Quemarías tu cosecha.

Dionisio se abalanza sobre Ortiz y lo golpea. Éste cae al piso, se toma la mandíbula y dice con dificultad...

Todo el género humano se divide en románticos e imbéciles. ¿Con qué clase te identificás?

Entra Emma. Dionisio insiste y le propina una formidable patada a Ortiz.

EMMA

¡Pará, lo vas a matar!

DIONISIO

(*A Emma*) ¿Dónde pusieron el cuerpo?

EMMA

¿Qué cuerpo? ¿Qué decís?

DIONISIO

No te hagás la pelotuda, que yo sé que la mina te molestaba.

EMMA

¿De qué me estás hablando?

Entra Silvestre. Dionisio fuerza súbitamente su calma.

SILVESTRE

¿Qué está pasando acá?

ORTIZ

(*Vivamente*) Juegos invernales, señor. ¿Desea participar?

DIONISIO

(*A Silvestre, en lamentable disimulo*) No le haga caso, un pequeño desfasaje en la transferencia de la memoria.

ORTIZ

Y vamos a comenzar con el juego de la memoria.

EMMA

¿Qué te pasa, Horacio?

ORTIZ

Ser doble, o no ser.

DIONISIO

Horacio, terminála por favor.

Ortiz hablará mientras saca una jeringa de un estuche y la llena de un líquido azul.

ORTIZ

(Loco) Desde donde yo estoy, parto el universo. Porque soy el punto de contacto entre el mundo material y el espiritual. Las ideas no son eternas como el mármol, sino inmortales como el bosque o el río.

Gira sobre Dionisio, jeringa en mano y se le aproxima perverso y conminatorio.

Muy bien, Doctor Dionisio Quiroga, contestará estas preguntas sobre el pasado.

DIONISIO

¿Qué estás haciendo?

ORTIZ

Yo soy quien pregunta. ¿Qué pasó con el otro?

DIONISIO

¿Qué otro?

ORTIZ

El otro, el verdadero Horacio Ortiz, el abnegado bacteriólogo que dio su pasado por el mío.

Dionisio, en el acabose de la turbación, por un instante casi piensa que Ortiz está actuando para conseguir la perdida confianza de Silvestre. Se calma un poco y contesta, pero lo hará contrariado, inventando claramente sobre la marcha.

DIONISIO

Ah, bien. Tenía un tumor. Le quedaban pocos meses de vida. Entonces lo clonamos. Con eso recuperamos su vida, sus increíbles y excepcionales conocimientos de inmunogenética, sin los cuales nunca lo podríamos haber logrado, y sobre todo, recuperamos el más preciado de sus dones, su amistad.

Dionisio mira buscando aprobación de Silvestre. Éste aguarda, inexpresivo. Por su parte, Emma sigue la acción excitada. Ortiz baja la jeringa y pregunta casi emocionado.

ORTIZ

¿Yo era tu amigo?

DIONISIO

¡Claro! Sí, sí. (Mira a los otros) Eramos... amigos.

ORTIZ

Entonces me vas a perdonar.

Súbitamente le clava la jeringa en el brazo.

EMMA
¡No!

Dionisio, presa del dolor, queda casi inmovilizado. Observa su brazo, levanta la vista y mira a Ortiz, en el límite de la incomprensión.

DIONISIO
¿Por qué?

ORTIZ
(Profundamente afligido) Por lo que me diste y me quitaste.

Silvestre, recóndito y clandestino, toma nota.

DIONISIO
(Cayendo en una silla sentado) ¿Y qué te quité? *(Agobiado, perdiendo energía paulatinamente)* Quise hacer un hombre. La tentación fue demasiado grande para no abordarla. Pude haberlo hecho, Horacio. Estaba a punto. Me faltó un respiro, un poquito de tiempo. Tres años... tres años nos llevó la rata, y se devoró a sí misma. Pero ahora los fosfatos estaban resueltos. *(Se inclina, hostigado por el dolor)* Me muero. ¿Cómo puede ser? No debía ser así.

Emma se aproxima a Dionisio, atribulada. Éste vuelve a tener un espasmo.

(A Ortiz, con súbita energía) Tenés que reparar lo que hiciste. Traéme de nuevo. Traéme de n... *(Otro espasmo)* Prometélo.

ORTIZ
(Apesadumbrado) No.

Dionisio, desolado mira a Emma suplicante.

EMMA
No puedo yo sola, no sé cómo.

DIONISIO
Entonces todo está perdido. *(A Silvestre, sonriendo)* ¿Sabe?, la muerte debe tener un sabor particular, porque la reconocemos de inmediato. Siempre nos aterroriza que pueda llegar... Y muchas veces creemos sentir que se aproxima lentamente, y sufrimos un pánico insoportable. Pero cuando llega, es inconfundible. *(Ríe, paupérrimamente)* Pruébela, se la recomiendo.

Dionisio cae muerto en brazos de Emma. Lentamente Ortiz se aproxima y, juntos, lo depositan cuidadosamente en el suelo.

EMMA
¿Por qué?

ORTIZ

Por el bien de la naturaleza.

EMMA
Estás loco de remate.

ORTIZ
¿Yo? ¿O ya lo estaba el otro?

EMMA
¿Qué otro? *(Señalando a Dionisio)* ¿No lo escuchaste?

ORTIZ
Desvariaba, sin duda.

EMMA
No desvariaba. Nunca hubo otro.

Ortiz sonríe.

ORTIZ
(Entonando) No me vas a convencer. *(Comienza a canturrear)* Pero esto, amigos míos, se acabó. *(Se acerca al cuerpo de polvo del fondo)* Ningún cuerpo va a cobrar vida en este lugar, nunca más. *(Al cuerpo)* ¿No?. Mas bien sospecho que todo lo contrario.

EMMA
¿Qué hiciste con el cuerpo de ella?

Ortiz, canturreando, señala el tanque de ácido. Silvestre deja caer sus papeles y se toma la cara con las manos. Emma se le acerca.

Canturreando, Ortiz echa un fluido en el hombre de polvo, deshaciéndolo. Luego se pone una gorra, agarra un vaso con un líquido azul y, completamente trastornado, gana el centro del escenario y baila al compás de su canturreo, bebiendo sorbos pequeños. Deja el vaso en la mesa, se aleja de ella y vuelve a acercarse, danzando en un remedo a Fred Astaire y su baile con el perchero. Vuelve a tomar el vaso y, alzándolo, grita locamente...

ORTIZ
¡La naturaleza tiene la corona!

Ortiz bebe todo el vaso. Al cabo de unos segundos sus piernas comienzan a flaquear. Se inclina horrorosamente, ríe, y cae desplomado. Emma se le acerca. Lo mira, mira a Silvestre. Éste, abatido, toma lentamente sus papeles del piso y se sienta a escribir.

Emma camina en círculos, como experimentando una pequeña regresión.

EMMA

La cornisa es angosta. Se termina, poco a poco... poco a poco.

Silvestre escribe arrebatadamente.

Hace días que no veo el sol. ¿Existe todavía? ¿Hay en alguna parte un gajo de luz, algún resplandor, el reflejo chiquito de un farol?

Se detiene en el centro del escenario, frunce el ceño, cierra los ojos apretándolos fuertemente, se lleva las manos a la cabeza como estrujándola y dice violentamente, con voz hiriente, como flagelándose con sus palabras...

¡En una gestación natural, las células madre extraídas de un embrión son versátiles y logran transformarse en todos los tejidos que conforman un organismo humano!

Se inclina sobre sí misma, como si sufriera un espasmo. Silvestre ha reparado, estremecido, en su arrebato. Emma se le aproxima vehementemente y lo toma de la camisa.

Quiero huir. ¿Me llevás? ... ¿Qué podés hacer por mí?

SILVESTRE

Todo. Sos lo único que me queda.

EMMA

(En angustiante sonrisa, habla y juega con un pañuelo blanco) Entonces está todo bien. ¿Dónde vamos a ir?

SILVESTRE

Lo más lejos posible.

Emma, de pronto se ensombrece.

EMMA

¿Te la recuerdo?

SILVESTRE

Todo el tiempo.

EMMA

(Valiente, voz en pecho) Pero yo estoy aquí.

SILVESTRE

Sí, estás aquí.

EMMA

No me importa ser el doble de la otra. Parece que ya nadie es único ni irreplicable.

Sensualmente se pasa el pañuelo por el pecho y la garganta. Silvestre, excitado, se levanta. Ambos se aproximan al centro de la escena. frente a frente, se miran intensamente y rompen en un beso frenético. Simultáneamente se dejan caer en el piso y se abrazan largamente.

En mi cuarto había una mancha que nadie veía. Estaba en lo alto de la pared blanca. Yo todas las noches soñaba, cosas oscuras, feas. Y cuando me despertaba tenía la cara atada con un pañuelo. Me lo arrancaba siempre, asustada (*Se tapa los ojos con el pañuelo*). Con el tiempo me acostumbré a despertarme así, y prefería cruzar las manos sobre el pecho. Me divertía imaginando mi cara hinchada y blanca. (*Con el pañuelo seca el sudor a Silvestre*) Me gustaba el silencio ese que no quebraba ni un crujido de ropa, ni la vela consumiéndose.

Silvestre le lleva las manos a la cabeza. Emma lo detiene un segundo.

¿Venís conmigo?

SILVESTRE

Enseguida.

Lo besa, tierna, y vuelve a la posición. Silvestre le tuerce el cuello. Instantáneamente, Emma cae muerta sobre su pecho. Silvestre la toma y la incorpora para mirarla a los ojos. Desesperado, trata de abrírseles, de sentir placer. Decepcionado y angustiado, la deja caer nuevamente sobre su pecho y la arrulla suavemente.

No. No es lo mismo. (*Apoya su cabeza sobre la de ella*) ¿Te das cuenta? Estabas equivocada. Somos ajenos a la imitación. Cada segundo de vida o de muerte es definitivamente irrepetible.

La deposita suavemente en el piso, acariciándole el cabello. Se dirige hacia el cuerpo de Ortiz. Busca su vaso, lo encuentra y casi no tiene líquido. Se aproxima a la estantería y encuentra el frasco con líquido azul. Se llena el vaso y marcha hacia la mesa. En el camino repara en Ortiz nuevamente. Se arrodilla sobre él y lo arropa.

Puesto que tarde o temprano todos vamos a morir, todo lo que decimos acerca de la muerte debe ser profético.

Sonríe tristemente. Se aproxima a la mesa. Se sienta, revisa sus papeles y lee.

“Su porvenir entero estaba muerto ya , como había muerto (*Escribe*) su criatura... abominable.” (*Mira a su alrededor intentando recordar los nombres de los científicos, buscando un seudónimo*) Horacio Ortiz... Ortiz... (*Frunce la nariz*) ...mmm... Dionisio Quiroga (*De pronto se ilumina*) Horacio Quiroga. Eso es.

Firma, mete los papeles en un sobre y lo deja sobre la mesa. Toma en su mano la copa envenenada y se dirige al público.

Conocí a mi mujer una tarde en que soplaba el viento frío desde el río. El cielo, al poniente, se abría en una pantalla de oro. Desde la costa, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sus efluvios de azahar y miel silvestre. Era un viernes santo. *(Duda)* ¿O un jueves? *(De pronto sonríe)* Un jueves. *Alza la copa y bebe.*

Apagón.

Correo electrónico: epapatino@gmail.com

Edición a cargo de Virginia Curet. Correo electrónico: vircuret@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. (2019)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar